



Respuesta a los comentarios

DOMINIQUE SCARFONE

Quiero, antes que nada, agradecer a Cristina López de Caiafa y a Víctor Guerra, haberse tomado el tiempo de leerme atentamente y escribir sus comentarios. Manifiestamente, ellos no son de la misma opinión. Es claro que la colega Cristina López y yo tenemos una visión parecida de la obra de Winnicott y, sobre todo, de la posibilidad de hacerla «trabajar». No puedo, entonces más que agradecerle los comentarios tan estimulantes que ha hecho a propósito de mi artículo. Es siempre una satisfacción sentirse tan bien entendido. Le estoy particularmente agradecido por el término «polinización» porque expresa muy ajustadamente el espíritu con el que intento trabajar, en particular a propósito de este texto de Winnicott.¹ Ella asocia lo que yo llamo la libido precoz al amor primario del que habla Winnicott, y estoy tentado de concordar, pero a condición de no ver allí una *pulsión* en sentido estricto. Creo, en efecto, que el componente agresivo, pero sin odio, como lo precisa López de Caiafa, es *instintivo* pero no *pulsional*. Winnicott no ha hecho esta distinción –él utiliza la palabra instinto sin precisión– tal vez porque para él una discusión en la que se distinga entre instinto y pulsión le parecía superflua. Y es verdad que este tipo de distinción nos lleva, a veces, a largos debates que pueden resultar bizantinos. Una discusión bien llevada, puede, al contrario aumentar la precisión terminológica con la

1 Winnicott, D. W (1969). El uso del objeto y el relacionarse por medio de identificaciones. En: *Exploraciones psicoanalíticas*. (1989) Comp. Clare Winnicott, Ray Shepherd y Madelaine Davis. Bs. As., Paidós, 1991.v 1: pp. 263-273

ventaja de atenuar, por un lado, la «confusión de lenguas» y, por otro lado, favorecer la comunicación con investigadores de otras disciplinas. Es por lo que, personalmente, me interesa buscar siempre la creación de pasarelas entre autores aparentemente muy alejados entre sí.

En el caso del amor primario, creo legítimo afirmar la diferencia entre pulsión e instinto ya que el comportamiento del *infans* es descripto como «impulsivo agresivo» pero sin odio. Para conservar el sentido de los términos, en efecto, no se puede concebir aquí una *pulsión* agresiva ya que si pensamos este «impulso agresivo» en el marco del primer dualismo freudiano, pertenece a las «pulsiones del yo o de autoconservación» que la mayoría de los comentaristas concuerdan en considerar, más bien, como «instintos de autoconservación». Si lo situamos, por el contrario, en el último dualismo freudiano, la agresividad pulsional debería derivarse de la pulsión de muerte, pulsión desligadora, odiante, todo lo contrario del amor. A partir de esto Winnicott describe una agresividad que es parte del «instinto que solicita relaciones».‡ No es pues la pulsión de muerte la que es invocada, pulsión que Winnicott no admite. Amor primario y «libido precoz» me parecen, entonces, poder concordar, porque lo que cuenta es el lazo restablecido, la relación apuntando tendencialmente a la reunión con el «gran todo» maternal.

El colega Víctor Guerra no hace la misma lectura y es, entonces, a él a quien dirigiré la mayor parte de mi respuesta. Las preguntas que me plantea son pertinentes e intentaré responderlas esperando no clausurar el debate, sino, si es posible, hacerlo avanzar. No habiendo dispuesto más que de unos días para tomar contacto con su comentario, mis respuestas serán, necesariamente esquemáticas por lo que me excuso desde ya.

Ante el problema que plantea Guerra de «hacer dialogar todo esto con la teoría de las pulsiones»‡, creo que de entrada hay que hacer la precisión respecto a cuál teoría de las pulsiones nos estamos refiriendo. Guerra parece adherir a un dualismo en el que las pulsiones sexuales son diferenciadas de las pulsiones agresivas y están de entrada presentes en el psiquismo del niño. En consecuencia, plantea correctamente, a partir de este punto de vista, la pregunta acerca de cómo hacer entrar a las pulsiones sexuales en el marco de

‡ En español en el original [e igual] [y] en todos los siguientes salvo indicación contraria.

la destrucción del objeto tal como lo teoriza Winnicott en su texto de 1968. Winnicott también hace referencia a un dualismo innato, ya que habla de «destructive drive» (p. 226 de la versión inglesa). A partir de esto, por mi parte, habiendo hecho previamente la distinción entre pulsiones e instintos, recuso, implícitamente en mi artículo una distinción neta entre pulsiones sexuales y pulsiones agresivas. Esto a partir de una lectura de Winnicott que creo legítima. Me siento llevado, entonces, a proponer las cosas de forma diferente distinguiendo entre libido precoz y pulsional (sexual) profundo.

Para hacer justicia a la complejidad del problema, sería necesario entrar en numerosos detalles. Resumiré diciendo que me apoyo en muchos señalamientos hechos por Winnicott en su artículo, por ejemplo en el hecho de que no hay ninguna cólera en la destrucción de la que él habla; hace, además, la precisión de que el objeto, en *fantasma*, *está siempre siendo destruido*. Winnicott agrega que es allí mismo que *el fantasma comienza para el individuo* (p. 222). Considero decisiva esta idea, planteada por Winnicott, de la capacidad de destruir sin hacer entrar el odio o la cólera en la destrucción. De acuerdo a la lógica expuesta más arriba, esta supone que la «destrucción» en cuestión no remite a una dualidad *pulsional* del tipo pulsiones sexuales/pulsiones de destrucción sino a una libido (tendencia a la reunión) y a una pulsión sexual situadas de un lado y de otro de esta adquisición (siempre provisoria) de la potencialidad de destrucción del objeto. Hace falta detenerse en lo que pueda significar «destrucción del objeto» cuando Winnicott hace la precisión que «en fantasma el objeto está siempre siendo destruido», ya que él retoma esta misma idea en el resumen final de su artículo. Para mí, este objeto «siempre siendo destruido» conduce necesariamente a una concepción bastante sofisticada de lo que significa «objeto». Por una parte, está claro que se trata de un objeto fantasmático, por lo tanto interno. Pero, por otra parte, es evidente que Winnicott hace también referencia al objeto externo cuyo rol es el de saber sobrevivir. Ahora bien, se sabe que sobrevivir significa no ejercer represalias. Pero ¿respecto a qué habría de ejercer represalias? Winnicott nos ayuda a comprender eso cuando escribe que sobrevivir significa también «tolerar un cambio en la cualidad y en la actitud». (p. 225) Se puede pues concluir legítimamente que la actividad de destrucción ocurre «en fantasma», lo cual se traduce en lo observable por ese cambio de cualidad

y de actitud. La única interpretación posible me parece la siguiente: el niño cambia, comienza a tener un pensamiento autónomo, fantasea, y el adulto debe saber aceptar este cambio.

Este cambio es una destrucción. ¿Pero destrucción de qué sino del estado de cosas que prevalecía anteriormente? Como Winnicott hace la precisión que es allí que la fantasmática comienza, yo he propuesto que «destruir el fantasma» puede muy bien entenderse como «destruir por el fantasma», y esta actividad psíquica autónoma del niño puede –o no– ser vivida por el otro como un «ataque». Notemos que la destrucción tiene claramente lugar: es la destrucción que supone todo pensamiento verdaderamente autónomo. Entonces, cuando Winnicott repite que «el objeto está siempre siendo destruido», creo que él está enunciando allí una tesis general sobre lo que es un objeto fantaseado o un objeto pensado: pensar, en verdad, es siempre pensar de nuevo, es decir, destruir lo «ya pensado».² Mantener un objeto vivo en el pensamiento es, pues, destruirlo y recrearlo constantemente.

Queda claro que me separo así de lo que en mi artículo llamé la tendencia empírica de Winnicott. Yo no veo la capacidad de hacer uso del objeto como una adquisición que puede ser datada en el decurso del desarrollo, sino más bien como una disposición que, en todo momento, aún en el curso de la vida adulta, puede ser adquirida o perdida en nuestra relación con el otro; adquirida o perdida como puede serlo el pensamiento auténtico, puesto que está claro que nosotros no pensamos siempre.³ La capacidad de pensar se adquiere en el correr de la infancia, aunque alguien más pícaro podría fechar la aparición de la actividad fantasmática en el bebé.

Vemos, pues, a Winnicott oscilar entre una descripción empírica (él menciona, por ejemplo, el mordisco en la tetilla) y una inferencia imaginativa (el ingreso en escena del fantasma). Apoyándome en esto y considerando que la fantasmaticación es un destino de la pulsión –su puesta en

2 Hannah Arendt, como otros pensadores, ha subrayado cuánto el pensamiento auténtico es necesariamente destructivo, ya que pensar verdaderamente es pensar de nuevo. Cf. *Considerations morales*, Paris, Rivages, 1996.

3 «Tanto yo soy, tanto yo pienso», escribía Valéry, citado por H. Arendt. *Op. Cit.* Por otra parte, agregaría que no exageramos si consideramos que toda metapsicología puede remitir a una dificultad, más o menos grande, de pensar verdaderamente, pensar que incluye el afecto.

escena psíquica— yo creo que, a propósito de la «destrucción» del objeto, nada obliga a que hagamos una distinción entre pulsiones sexuales y pulsiones agresivas. Lo pulsional sexual, cuando se manifiesta, es, por esencia, potencialmente destructor: perturba la tranquilidad y la coherencia del yo. La reunión con la madre, que apuntaba inicialmente al reencuentro con el objeto primordial, es ahora experimentada con una valencia contraria, como peligro de perder la individualidad adquirida; el yo diferenciado va, ahora, a resistir este retorno que arriesga disolver sus fronteras. Pero al sujeto le importa el objeto; debe, entonces, mantenerlo en el pensamiento sin por eso hundirse en él: destrucción y recomposición, negación y afirmación están, pues, operando continuamente.

A la cuestión de saber si, hablando de lo pulsional, ¿«Winnicott se refiere a lo mismo?»[‡] Es evidentemente imposible contestar en lugar de Winnicott y yo ya he admitido que él parece compartir la concepción de un dualismo innato entre pulsión agresiva y pulsión sexual (aunque rechazando la pulsión de muerte). Sin embargo tiendo a pensar que, gracias a la distinción tan útil que él había establecido entre «precoz» y «profundo» es posible proponer algo relativamente diferente. No un nuevo dualismo pulsional sino dos estados, dos regímenes de la libido.

Así, pues, tenemos por una parte, una libido precoz, apuntando tendencialmente al retorno hacia la indiferenciación, hacia la reunificación con «el gran todo maternal»: esta libido no es una pulsión, porque no entra en conflicto con la organización del yo. Muy por el contrario, en esta modalidad de la vida psíquica, la psique del *infans* alterna, como lo sugiere Winnicott, entre momentos de unificación (integración) y momentos donde la frontera con la madre se disuelve. La libido, en este estadio, no es problemática porque permite una vinculación o una re-vinculación, un regreso frecuente hacia la unión con la madre. Esta ligazón no es una desintegración sino que acompaña a la integración, siendo que esta necesita el holding maternal.

La integración que Winnicott introduce en relación al padre supone, al contrario, que el niño se descubra como netamente separado de la madre. El padre introduce esta separación al mismo tiempo que procura un prototipo para una nueva suerte de sentimiento de unificación. Respondiendo a esta otra pregunta de Guerra: «¿El padre como ‘primer atisbo de integración’?»

Parece contradecirse con otra perspectiva anterior...»[‡] (p. 2) puede decirse que la contradicción no es sino aparente: sí, la integración existe antes de la aparición del *padre en tanto padre* pero esta integración es oscilante por obra de la tendencia libidinal «precoz» que apunta a la reunificación con la madre. La madre es, pues, como lo recuerda Guerra, «el centro de la escena de la construcción psíquica del sujeto». (p. 3) En el texto sobre el monoteísmo y el uso del objeto⁴ Winnicott recuerda, incluso, que el padre no se presenta al principio más que como sustituto materno. Que la integración que se hace con la madre sea el centro de la escena es indiscutible. Pero esto no es contradictorio con lo que Winnicott propone en el texto sobre el monoteísmo: que un día, esta integración padecerá una suerte de «salto cuántico», en tanto el padre no se presentará más como un sustituto materno, sino en tanto prototipo de la unidad individual, diferente de la unión con la madre, es decir, en otro vocabulario, el padre se presentará en tanto *tercero*.

Este salto es contemporáneo de otro régimen libidinal: el régimen pulsional.

A partir de eso, se obtiene una complejización de la estructura y el pasaje de lo precoz a lo profundo. Notemos que lo libidinal precoz no ha desaparecido: es el régimen de la libido ligadora, es Eros que crea los lazos, las estructuras; es, si se quiere, la pulsión de vida. Pero, al mismo tiempo y a otro nivel, la libido se conflictualiza por el hecho de la aparición del sentimiento de unidad adquirido sobre el modelo de la individualidad paterna. La estructura del yo, de allí en más, bien diferenciada, hará frente a los movimientos experimentados como *pulsionales*, es decir, amenazantes para la coherencia de ese yo. Operando sola, la libido precoz tendía a disolver provisoriamente al yo naciente en la indiferenciación originaria, pero eso no constituía propiamente una amenaza puesto que ese yo se sitúa en la continuidad madre-*infans* y el *infans* hacía, esporádicamente, retornos hacia esta indiferenciación como hacia un refugio, sin

4 Winnicott, D. W. (1969) El uso del objeto en el contexto de Moisés y la religión monoteísta. En: «*Exploraciones psicoanalíticas*». (1989) Comp. Clare Winnicott, Ray Shepherd y Madelaine Davis. Bs.As., Paidós, 1991. pp. 287-293.

pérdida alguna. (Todos nosotros hacemos eso cada vez que nos dejamos tomar por el sueño). Pero una vez establecida la individualidad por la toma en cuenta del tercero paterno, una vez que ha aparecido en escena un nuevo objeto de identificación y de deseo, el regreso a la indiferenciación conlleva el peligro de una pérdida de la individualidad. Una parte de la libido adquiere el status de «pulsión», en la medida en que ella se presenta como actuando en dirección opuesta del sentimiento unitario recién adquirido.⁵ Este sentimiento concierne a la individualidad adquirida según el modelo proporcionado por el padre en tanto este no es más un simple sustituto maternal. La escena es, pues, bastante más compleja. Hemos pasado de lo precoz a lo profundo.

La pregunta «¿no es una aparición tardía de lo pulsional sexual? ¿Y antes, qué?»[‡] (p. 3) merece, sin dudas, una respuesta afirmativa: efectivamente, en la concepción que yo defiendo, lo pulsional propiamente dicho no está presente desde el principio y aparece solo tardíamente; pero antes de él hay algo: está lo libidinal precoz. El resultado de mi investigación sobre el texto de Winnicott es, justamente, proponer esta distinción entre libidinal precoz y pulsional profundo, entendiendo que con el término «profundo» yo califico la situación de complejidad creada por la aparición de un tercero: el padre –o, mejor aún, la función paterna– en la escena psíquica.

Ruego al lector advertir que no hago esta distinción por un afán de complicar la teoría sino, por el contrario, porque soy partidario de la parsimonia conceptual que aconseja Guillermo de Occam. Creo, en efecto, que colocar esta diferencia entre libido precoz y pulsional profundo permite construir una pasarela entre autores aparentemente tan diferentes. Yo aproximo así el «bebé laplancheano» al «bebé winicottiano». Sin embargo, a diferencia de Víctor Guerra, creo que el «bebé laplancheano» no ve una madre «*que aparece (excitándome) y desaparece de mi escenario pulsional*»[‡] sino una madre que *implanta* lo pulsional en la psique del niño. Una vez más, yo creo que el desacuerdo con el colega Guerra

5 En mi texto, hago en esto referencia al pensamiento de Loewald.

se debe al hecho, ya mencionado, que para él lo pulsional parece deber existir desde el principio mientras que ese no es para nada el caso en la concepción laplancheana de las pulsiones, que yo defiendo. En esta concepción no hay un «escenario pulsional» desde el comienzo en el cual la madre aparecería y desaparecería. Hay que notar que esto es así tanto para Laplanche como para Winnicott, sobretodo si atendemos a la carta a Scott que he citado al comienzo de mi artículo. Si se articula la posición de Laplanche con la de Winnicott, como propongo, se puede decir que lo que hay al principio es una psiquis en proceso de formación en la cual la madre *good enough*, la madre del *holding* winnicottiano, introduce *al mismo tiempo* el enigma de su propia pulsión sexual.

Evidentemente eso no está escrito con todas las letras en Winnicott. Por lo demás, tanto Laplanche como otros (Pontalis y Gantheret, por ejemplo) han denunciado la ausencia, en el esquema winnicottiano, de la madre pulsional, de la madre portadora de la perturbación sexual, dotada de un inconciente reprimido. Mi esfuerzo de investigación en el texto que aquí discutimos fue, precisamente, el de verificar si es cierto que lo pulsional está totalmente ausente del pensamiento de Winnicott cuando describe la relación madre-hijo. Mi sorpresa fue ver que Winnicott, aunque no coloca a la *madre pulsional* en la ecuación, hace no obstante aparecer lo pulsional pero ligado a la figura del padre. ¿Es tan diferente? Al continuar aquí mismo mi reflexión me veo inclinado a pensar hoy que la diferencia es solo de forma y no de fondo. Mi impresión es que Winnicott tiende a diferenciar bien la función materna (preocupada por el ser, como subraya Guerra) de la función paterna (contemporánea a lo pulsional). Yo agregaría provisoriamente que sus razones pueden consistir en esto: del mismo modo que el padre puede, al principio, ser un sustituto materno (y formar parte de la *función materna*) así también puede pensarse que la «madre pulsional» se inserta en la ecuación winnicottiana en tanto elemento de la *función paterna*. Dicho de otro modo: pensándolo bien poco importa que sea la persona física masculina o femenina quien introduce la nueva unidad llamada «padre»; lo que importa es la función de tercero separador y unificador a la vez, pero dando esta vez acceso a la «unidad individual» (a la individuación) y no a la unión con la madre primordial. La madre pulsional existe en Winnicott y no es la madre de la unión libidinal precoz;

ella forma parte de la función «padre» (cuando este aparece como algo distinto a un sustituto materno), un «padre» que proporciona el prototipo de la unificación individual.⁶

Guerra escribe que «Scarfone estira»⁷ la teoría de Winnicott. En esto me declaro culpable. Es necesario, en efecto, ejercer cierta violencia sobre las teorías si creemos que, a partir de puntos de vista diferentes, ellas hablan de lo mismo, como le escribe Winnicott a Anna Freud.⁷ Yo creo que este estiramiento es legítimo, incluso winnicottiano, porque solamente así podemos «continuar la tarea de revitalizar el psicoanálisis»⁸ como escribe Cristina López de Caiafa. Yo no creo haber hecho un estiramiento indebido ya que me apoyo siempre sobre lo que el mismo Winnicott escribió: Así lo pulsional que asocio a la aparición del padre como figura y prototipo de la unidad, yo lo justifico por la mención que Winnicott hace del objeto parcial apareciendo simultáneamente con la unidad paternal. Esta relación unidad/objeto parcial no debe sorprender: hablar de objeto parcial es hablar por el hecho mismo de la unidad, sin la cual la idea de parcial no tendría sentido. Por otra parte esto habla de lo pulsional, siendo el objeto parcial, por definición, objeto de deseo.

Guerra tiene razón al recordar que el bebé es «objeto del deseo de su madre»⁸ (p. 3) pero cuando agrega «y ella de él» debemos detenernos y subrayar que el «él» en cuestión no existe, al principio, más que para un observador externo. Que el «él» que puede desear es también una aparición tardía, y eso también en el pensamiento de Winnicott.⁸ A la pregunta: «¿Podemos pensar el holding y el handling sin apelar al concepto de cuerpo erógeno, pulsional?» (Guerra p. 3) la respuesta es, evidentemente, no. Pero eso no tiene el mismo status en la madre (o en el adulto) que en el

6 Es así que a nivel empírico una madre monoparental puede muy bien presentar a su hijo la función paterna.

7 Ver las citas al comienzo de mi texto.

8 A propósito del nacimiento del Je o del Moi, ver: La psicología de la locura; una contribución psicoanalítica. y El miedo al derrumbe. En: *Exploraciones psicoanalíticas* (1989) *op.cit.*, donde es claro que ellos no existen desde el comienzo. Ver también, respecto a este tema, Scarfone, D. (2005). Laplanche and Winnicott meet... and survive. En: *Sex and sexuality: winnicottian perspectives*. Dir. Lesley Caldwell. London, Karnac, 2005.

infans. Con todo, aún cuando, en la concepción que yo defiendo, lo pulsional propiamente dicho no está presente del todo en el *infans* (y en la carta a Scott, citada en el epígrafe de mi artículo, Winnicott parece coincidir) es claro que lo pulsional está en el horizonte del «devenir profundo» de la libido precoz. En efecto, yo creo legítimo atribuir las palabras que propone Guerra tanto al *infans* laplancheano como al bebé winnicottiano: «a mí me importa más que ella me sostenga, que evite mi caída y que me deje ser, que reciba mi gesto espontáneo. Importa más el ser que el (principio del) placer y el enigma del deseo»⁹. En efecto, ni el niño winnicottiano ni el niño laplancheano sabe qué hacer con lo pulsional materno. Si se refiere solo a sí mismo, lo que cuenta es «to go on being». Lo pulsional solo puede perturbar esta continuidad de ser, y eso puede derivar, en situaciones excesivas, hasta un «impingement» (Winnicott) o una intromisión (Laplanche): dos nombres diferentes para la misma efracción traumática del extranjero. El problema está en que el *infans* no puede escaparse de la perturbación que le causa lo reprimido del adulto y es, sin duda, en el seno de este desorden que viene a poner cierto orden la figura de apariencia unitaria del padre, de la función paterna.⁹ Pero el padre mismo aparecerá dotado de un aspecto pulsional, y es así que se introduce la vacilación identitaria, otro aspecto sobre el que me interroga el colega Guerra.

Aquí también opera la parsimonia conceptual. La identidad, que se expresará esencialmente como sentimiento de continuidad de sí, ¿no debería ser considerada, para cada uno de nosotros, como una manifestación del ser, del «going on being» fundamental? Y ¿qué viene a perturbar ese sentimiento de identidad, de continuidad, si no la irrupción pulsional, ese «cuerpo extraño» en el corazón de sí? Que esta irrupción sea debida a la seducción inevitable o, al contrario, a una seducción perversa (impingement, intromisión) no lo trataremos aquí pues demandaría otras digresiones. Notemos, solamente, que en todos los casos, es el adulto, en tanto él mismo anda en lucha con sus pulsiones, quien cesa de ser «el mismo» para el niño. La vacilación identitaria no es, entonces, independiente

9 Sería útil aquí distinguir entre la figura paterna (imaginaria) y la función paterna (simbólica), de acuerdo a la distinción propuesta por Lacan entre estos dos registros.

de lo pulsional sino que resulta precisamente del hecho de que la madre pulsional no es la misma que la madre del *holding* (y esto vale lo mismo si esta función la tiene la persona física del padre).

Víctor Guerra escribe: «El tema de la pulsión sigue siendo para mí un hueco en la teoría winnicottiana, que nosotros deberíamos visitar, dejándolo como tal»[‡]. Es una opción posible, pero no es la mía, por cuanto, por una parte, ese vacío no es sino aparente, como espero haberlo demostrado, y por otra, creo que una teoría, aún winnicottiana, es respetable pero no intocable. No se debe dudar en hacer violencia a una teoría cuando sea necesario y productivo; es un derecho y aún un deber tratar de hacerle confesar lo que ella no muestra espontáneamente. Solamente así se puede esperar encontrar puntos de pasaje entre dos teorías aparentemente incompatibles. La violencia, en este caso, es tanto mayor porque el pensamiento de Winnicott está escrito en un lenguaje tan original y personal, sutilmente complejo bajo apariencias de simplicidad, que nos parece estar condenados desde el principio a permanecer como espectadores. Yo creo, sin embargo, que eso sería un error. Nosotros, para pensar y para mantener con vida el objeto «Winnicott» debemos poder destruirlo y recomponerlo sin cesar.

Agradezco sinceramente a los dos colegas que, tanto con sus acuerdos estimulantes como con sus objeciones, me han permitido llevar mis reflexiones un poco más lejos. ♦

DOMINIQUE SCARFONE

25 abril, 2011

Traducción: Laura Veríssimo de Posadas